

La puerta

Tras varios años esperando, la ciudad de Teruel se alegró de que por fin las obras de restauración de la catedral comenzaran. Se llevarían a cabo en varias fases y el objetivo principal era “sanar” al templo, que adolecía de humedad y de años. Era de recibo devolver el esplendor a uno de los monumentos más admirados, no solo por los turistas sino por los propios turolenses. Patrimonio de la Humanidad que no solo habla de arte mudéjar, sino de Historia.

El equipo de trabajo no esperaba encontrar demasiadas complicaciones, más allá de las que podía ocasionar el paso de los años. Pero hoy en día existen interesantes técnicas que permiten la recuperación y conservación del patrimonio sin apenas efectos invasivos. En definitiva, se trataba de dar lustre, curar humedades y hacer brillar al templo, para admiración de todos. Era cuestión de dinero y de tiempo.

Los trabajos transcurrían sin grandes novedades, aunque se daba cuenta de todo. “La recuperación de la reja, del maestro Mateo, es ya una realidad”, rezaban algunos titulares. Lo cierto es que las noticias de estas actuaciones se mezclaban con el resto de la actualidad turolense, sin destacar demasiado. Pero todo eso iba a cambiar con un inesperado hallazgo.

Cuando comenzaron los trabajos de recuperación de la torre del campanario, uno de los ejemplos del mudéjar más antiguos de la ciudad, operarios, arquitectos, arqueólogos e historiadores vibraron de la emoción con la aparición de una puerta, oculta durante siglos y de la que no había noticia ni sospecha alguna. “Sale a la luz una antigua puerta de acceso a la catedral mudéjar”, anunciaban los medios de comunicación. Para los expertos y amantes del arte este descubrimiento permitía imaginar otro modelo de templo. Se sabía que la catedral había sufrido modificaciones sucesivas a lo largo de los siglos, “en un intento de adaptarse a las modas y a los tiempos”, explicaban historiadores y libros de texto. Pero de aquella puerta nada se sabía.

Curiosos se acercaban a echar un vistazo. Para algunos resultaba interesante, incluso nostálgico, para otros simplemente curioso y para otros, ni una cosa ni otra, “un vano cerrado en un muro, pues muy bien”. Para los historiadores y arqueólogos sí era importante porque podría suponer incluso un cambio de la configuración completa del

templo original. Y ahora venían las preguntas, “¿la registramos y la cerramos de nuevo”, ¿la dejamos inutilizada pero a la vista, como un elemento más?”, incluso alguno, ya de paso, se preguntó, “¿y por qué la cerrarían?”. Mientras se decidía, fotografiaba, estudiaba y registraba, ahí quedó la puerta, a la espera de una decisión. Y los trabajos en la catedral continuaron.

Aquella noche, la primera desde el descubrimiento, la niebla comenzó a cubrir la ciudad. No era extraño tampoco ver esa nube baja cabalgar por el viaducto en dirección al casco viejo para inundarlo y hacerlo casi desaparecer. Pero sí que es verdad que aquella noche la niebla era muy densa, más de lo habitual, aunque con la ciudad comenzando el ritual de Morfeo, pocos fueron conscientes. Sin embargo, el centro histórico se despertó a media noche pues las campanas de la catedral rompieron el silencio con un repicar intenso y estruendoso que alertó a todos. Duró cinco minutos y la explicación fue un fallo en el sistema, “quizá provocado por los propios trabajos de restauración”, se intuyó. La anécdota fue comentada y el cabreo por aquello de “menudas horas”, cesó.

A la noche siguiente regresó la niebla, parecía que podía verse avanzar con decisión desde el viaducto, como si... como si buscara algo, o a alguien. Se extendía y se expandía por las callejuelas, vacías a aquellas horas. De nuevo, las campanas rompieron el silencio, rugiendo con fuerza, como avisando a los ciudadanos que algo estaba pasando. Cesado el repiqueteo, un grito desgarrador encogió el corazón de los que, desde sus camas, no encontraban sentido a lo que ocurría. Aquel aterrador sonido parecía venir de la plaza de la catedral donde, con las primeras luces, se dibujó una enorme mancha ennegrecida que sorprendió a los viandantes. La policía local revisó las cámaras de seguridad buscando a los incívicos que gastaban bromas o hacían gamberradas de ese tamaño. En las imágenes, nada.

Entrada la noche, de nuevo la niebla. Una patrulla decidió dar más de una vuelta por si el responsable o los responsables del día anterior tenían más planes. La niebla apenas dejaba ver algo, pero tampoco se oían pasos ni murmullos. Medianoche. Las campanas rompen de nuevo la tranquilidad. Y esta vez más de un grito, varias voces, hombres y mujeres parecen horrorizados. ¿Pero dónde están? En la plaza, nada, en las calles cercanas... nada. Solo frío y de nuevo, el silencio.

La mañana llega con nuevas: en la calle Ainsa, un vecino ha desaparecido. Su mujer asegura que los dos se fueron a la vez a dormir y esta mañana él no estaba. En la fachada, un símbolo. Uno que no estaba allí y lo suficientemente alto para saber que no era obra de ningún “grafitero”. La policía estaba contrariada y los vecinos comenzaban a asustarse. Durante las noches siguientes, las campanas y los gritos desgarradores se sucedieron, también las desapariciones de hombres, mujeres y niños, cuyas casas aparecían marcadas. Y la niebla, aquella niebla que casi se podía cortar.

Durante el día todo parecía normal, aunque los vecinos apenas hablaban ya de lo sucedido. No por falta de interés, sino por miedo, recelo y desconfianza. ¿Quién estaba haciendo algo así?, ¿y quién sería el siguiente en desaparecer? El temor crecía tanto que al poco de anochecer, la gente vaciaba las calles y se aseguraba de cerrar bien sus casas. Incluso algunos hacían guardia en los pasillos, frente a la puerta, esperando que, lo que fuera que venía, llegara y poder hacerle frente. Nada lo evitaba, incluso aquellas viviendas con vigilancia registraban misteriosas desapariciones en la noche. Los gritos, aunque ya no eran novedad, provocaban llantos y terror a los habitantes de las casas más cercanas a la plaza de la catedral. Si algún valiente se asomaba por la ventana no veía nada, más que esa intensa y casi sólida niebla que lo envolvía todo.

Desde el ayuntamiento, con muchos voluntarios reunidos, se decidió crear una patrulla ciudadana. En grupos o parejas se rondaría las calles para esclarecer el misterio que atemorizaba a la ciudad. Cayó la noche y volvió la niebla. Dos amigos, haciendo guardia oyeron unos pasos y se encaminaron, despacio, hacia el sonido. Aquella nube densa los envolvió como un abrazo. Las campanas primero... los gritos después. Uno de los dos hombres perdió de vista a su amigo. Era la calle San Benito, larga y estrecha. Lo buscó y sintió que no estaba solo en esa callejuela. “Javi, ¿eres tú?”. Silencio. Y de nuevo, pasos. “¿Javi?”. Nada. Con el pulso acelerado intentó correr pero no veía hacia donde. Solo oía su respiración agitada, unos pasos tras él y, de pronto, un intenso olor a humo empezó a invadir el centro. Corrió, cayó, siguió corriendo y al girar en la calle El Salvador chocó con su compañero. Los dos contaron la misma experiencia. Y no fueron los únicos. Esa sensación de ahogo en aquella niebla que además parecía quemar.

Enmudecida la ciudad de Teruel, la plaza de la catedral parecía maldita. Se evitaba atravesarla, sobre todo con aquella mancha imposible de limpiar. Y aquellas marcas en varias fachadas que no seguían un patrón, ni un orden.

Expertos en criminología y en desapariciones fueron llegando. También algunos amigos de lo paranormal e incluso meteorólogos intrigados con aquella extraña niebla se dieron cita en Teruel. La primera noche, apostado un grupo de estos expertos en un piso cedido por la Escuela de Artes, esperaron a que comenzara aquel extraño y espeluznante ritual. Llegó la niebla, sonaron las campanas y el grupo entero se sobrecogió con los gritos de terror que no parecían venir de ninguna parte. Allí no había nada, solo la niebla, a veces, unos pasos, quizá un eco, quizá una oración, ¡sí! una oración venía del centro de la plaza, casi susurrante. Pero ¿qué decía? Parecía una súplica ahogada en llanto, “clamo merced a mi Señor, me quiera perdonar”.

A la mañana siguiente, se sumó una nueva desaparición a la lista. Se dibujaba un mapa claro de las viviendas “atacadas” por lo que fuera aquello. Era la ciudad vieja. Los historiadores lo vieron enseguida: el arrabal, la antigua judería... las casas no se elegían por casualidad.

De nuevo la noche. Cuando la niebla lo cubrió todo y las campanas repicaron, la doctora Daza, una experta en Historia, miembro del grupo mixto llegado para investigar, decidió acudir a la plaza y enfrentar los gritos. Se acompañó por un estudioso de lo paranormal, Damián Gutiérrez, que directamente preguntó hacia las voces. “¿Quiénes sois?”. Sin respuesta, solo llantos y gritos. Pero entonces, los pasos. Aquellos que habían perseguidos a algunos por las calles y que parecían avanzar ahora hacia ellos.

- ¿Quién eres? – preguntó a la nada.
- Yo soy Martín Navarro - contestó aquella voz invisible.

Temblando, siguieron con el interrogatorio.

- ¿Qué haces aquí? – quiso saber la historiadora
- Cumplir la misión que me encomendó, mi señor, el Rey. Así pues, decidme, ¿dónde están?, ¿dónde los escondéis? – rugió aquella voz de ultratumba
- ¿A quiénes buscas?
- ¡A los “Ruizes”, y al capellán!- sentenció. Y el silencio.

“Martín Navarro, los Ruizes...” susurró Daza. En ese momento, aquella voz fantasmagórica gritó enfurecida. Tanto, que tumbó a los dos valientes que, sin embargo, pudieron ponerse a salvo, casi apartando con la mano aquella niebla.

- Hay que cerrar la puerta – explicó por la mañana la doctora Daza. – La puerta hallada en la catedral. Hay que sellarla. Ya

Nadie daba crédito a lo que aquella mujer insinuaba y cuando más tardaban en tomar la decisión, más gente desaparecía. Finalmente, una mañana de enero se decidió dejar la puerta a la vista, pero cerrada y cubierta por un cristal que permitiera ser expuesta pero no atravesarla.

Aquella noche, la niebla regresó pero era más ligera. Llegó, envolvió la plaza de la catedral y se disipó dejando allí a todos los turolenses que habían desaparecido. Aturdidos, confundidos y desorientados, fueron atendidos por la policía y el personal de emergencias. Esa medianoche, las campanas no sonaron. Los gritos no se escucharon y nunca más nadie habló de lo ocurrido.

Sin embargo, en invierno, en Teruel, cuando llega la niebla y avanza por el viaducto, todos aceleran el paso para ponerse a resguardo por miedo a escuchar aquellos gritos, aquellos pasos que, según los más temerosos, parecen seguirte hasta tu casa.

Apostilla: Martín Navarro fue presbítero y vicario en el siglo XV en Teruel. Formaba parte del séquito de fray Juan Çolvera, inquisidor designado por Torquemada en Teruel. Los Autos de Fe se iniciaron en la ciudad en 1485 por orden e imposición del rey Fernando II (el Católico) que se personó en Teruel ante la oposición del pueblo al Tribunal de la Inquisición. Uno de los primeros Autos de Fe se caracterizó por la huida de los que serían ajusticiados: Gonzalvo Ruiz, Donosa Ruiz, Gracia Ruiz, Gil de Gonzalvo Ruiz y otros miembros de la familia, escoltados por García Garcés de Marcilla y otra gente armada. Al no encontrar a los fugitivos, cinco meses después, se vistió de negro a seis estatuas que, expuestas en el cadalso, en la plaza de Santa María (catedral) fueron quemadas, iniciando así sus acciones el Tribunal de la Inquisición en Teruel. (1)

(1) Motis Dolader, Miguel Ángel, Autos de Fe celebrados por el tribunal del Santo Oficio en Teruel (1485-1487)